



REFLEXIONES MARGINALES EN TORNO A LAS OFERTAS MORALES DE HABERMAS Y FOUCAULT PARA UN MUNDO QUE VIVE ENTRE LA BARBARIE Y LA INTOLERANCIA.

Autor: Dr. José Luis Da Silva Pinto*
e-mail: joma79@movistar.net.ve

**ESCUELA DE FILOSOFÍA.
UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO.
MONTALBÁN. CARACAS.**

* Licenciado en Filosofía 1986 (UCAB). Magíster en Filosofía 1992 (USB). Doctor en Historia 2004 (UCAB). Profesor asociado en las Escuelas de Filosofía y Comunicación Social. Profesor de los postgrados de Filosofía, Comunicación Social e Historia de la UCAB. Editor-Jefe de la Revista de Filosofía Lógoi.

RESUMEN

¿Puede la ética encarar las instancias en las cuales se desarrolla el poder? Interrogantes que pretendemos abordar bajo la guía teórica de Jünger Habermas y Michel Foucault. Se trata de reconocer al poder como una realidad ineludible. Así mismo, la imposibilidad para el intelectual contemporáneo de cerrar los ojos, dejando pasar las cosas, sin por ello presentar una reflexión ética, ya sea para construir todo un protocolo que viabilice la comunicación entre los distintos miembros de una sociedad o para justificar la preocupación por el cuidado de la vida personal ante el mundo circundante.

Palabras clave: Poder, Ética, Dominación, Racionalidad, Subjetividad.

MARGINAL REFLECTIONS ABOUT THE MORAL OFFERS OF HABERMAS AND FOUCAULT, FOR A WORLD THAT LIVES BETWEEN CRUELTY AND INTOLERANCE.

ABSTRACT.

Is it able to the ethics to face the instances in which the power is developed? Queries that we seek to approach under the theoretical guide of Jünger Habermas and Michel Foucault. It is to recognize to the power like an unavoidable reality. Likewise, the impossibility for the contemporary intellectual of closing the eyes, allowing to pass the things, without for it to present an ethical reflection, either to build an entire protocol that shows the communication among the different members of a society or to justify the concern for the I take care of the personal life before the surrounding world.

Key Words: Power, Ethics, Domination, Rationality, Subjectivity.

REFLEXIONES MARGINALES EN TORNO A LAS OFERTAS MORALES DE HABERMAS Y FOUCAULT PARA UN MUNDO QUE VIVE ENTRE LA BARBARIE Y LA INTOLERANCIA.

Una primera versión de esta investigación fue presentada como ponencia en el VI Congreso Nacional de Filosofía celebrado en la Sede UCAB Guayana el día 28 de septiembre de 2005, con el título: *Ética y Poder. Un paseo por las ofertas morales de Habermas y Foucault para el mundo de hoy*. Para esta segunda versión y dada la ampliación de la investigación se han incorporado nuevos conceptos y argumentos con el fin de abrir un horizonte más extenso de reflexión. Existe entre la ponencia presentada y éste su posterior estudio, aportes que hacen en la forma y en el fondo dos escritos que se complementan.

I. LA TENSIÓN ENTRE LA POLÍTICA Y LA ÉTICA.

Vivimos en un entramado socioeconómico lleno de dolencias y desaguizados sin fin. De eso no cabe la menor duda. Pero también debemos aceptar sin rechistar que las causas de estos males no se encuentran de manera exclusiva en las diferencias culturales, políticas, religiosas o educativas, por decir lo menos. Posiblemente no se agotan todos los esfuerzos en materia de acuerdo, de entendimiento y de respeto ante los compromisos adquiridos, por lo menos no en la medida deseada. Es cierto, que existen iniciativas y programas de asistencia que debemos aplaudir. Sin embargo, nos encontramos, visto los resultados de planes y proyectos ejecutados a nivel

local, regional y mundial, con una balanza abrumadoramente inclinada hacia la inconformidad ¿Qué sucede entonces? ¿Por qué no fluyen las soluciones? ¿Por qué no surten los efectos deseados? ¿Por qué no termina de consolidarse los valores de la prosperidad en amplios sectores de la población? ¿Qué hace que el desconcierto anide, inclusive, en la propia individualidad? ¿Podemos afirmar, entonces, que no existen valores en los cuales confiar?

No será propósito de esta presentación dar con las causas de todos los males de la sociedad. Pero si reparar en una realidad que nos parece crucial: la moral. Tema al que se alude, cuando se presentan actos que no encajan con lo establecido. Todo aquello que se sale de la norma convenida o de la tradición asumida por una comunidad es objeto de una severa crítica. Quizás, en estos casos, es más fácil sancionar que procurar un diálogo constructivo. Se encuentra aquí una de las mayores dificultades de la moral, que pasa directamente al campo de las condenas, sin descansar por un momento para ver con detenimiento por qué se llegó en un momento dado a la trasgresión, escuchar los argumentos, respetando a las partes. No hay duda que el apresuramiento no es buena consejera de la moral.

De aquí que la moral termina por desdibujarse cada vez más, que no logra encontrarse, dando la pública impresión que todos sus esfuerzos queda irremediablemente condenado al eterno fracaso. Una moral dispuesta a rendirse y entregar sus armas al mejor postor. En el fondo mucho de los proyectos políticos y visiones económicas



contemporáneas dejan en situación de extrema minusvalía las estrategias educativas necesarias para alimentar un cuerpo de valores que por igual debe asistir al estudiante por cuanto éste tendrá que asumir roles a futuro en la sociedad, como también el papel que le toca al ciudadano de la calle que debe, en tiempo presente, sortear como puede el cúmulo de agresiones personales y colectivas, públicas y privadas que se suscitan en su contra.

El discurso moral de corte reflexivo emerge con pesada lentitud cuando sobrevienen las crisis sociales. Cuando más bien su tarea debería ser otra. A la moral le correspondería luchar por la puesta en práctica de un ejercicio más reflexivo que haga rendir al máximo todo posible acuerdo en el seno de la sociedad, al tiempo debe demostrar sus capacidades para rescatar con nuevas fuerzas un cuerpo de valores que afiancen la conducta de todo individuo preocupados por el bien del colectivo. Asumir que la política, de buena gana y por sí sola, no puede ser aquella instancia que garantice una efectiva comunicación entre el ciudadano y la sociedad.

El ejercicio de la política, si pretende ser eficaz, tiene que tomar en cuenta las recomendaciones morales, sobre todo si asume como objetivo incuestionable de su labor el bien del colectivo como también el reconocimiento explícito a la dignidad humana. Pero sucede que la política hace a su entera discreción un uso no apropiado de los valores. No acostumbra reparar en los consejos morales para actuar, sino en los intereses de grupos, ya sean económicos o políticos para llevar

adelante una estrategia que acabe beneficiando a un sector minoritario de la población. De ahí la desesperanza generalizada ante las promesas y ofrecimientos que surgen del seno de los gobiernos y de los partidos políticos. Y lo que es peor, muchas veces dichas estrategias políticas logran esconderse tras un ropaje moralizador ¿Cómo evitar este engaño? Se hace cuesta arriba evitarlo, pero no obstante se puede tomar conciencia de lo que representa dicha dificultad para el sano desarrollo de toda sociedad, sobretodo si se tiene claro el fin y razón de ser de toda moral, a saber: por lo menos ser capaz de desvestir el poder político y económico que se esconde tras una moral cosmética e insostenible.

II. LA REFLEXIÓN MORAL, UN REQUISITO INELUDIBLE PARA LA SOCIEDAD ACTUAL.

Por lo pronto, son dos las razones para ceñirse a la práctica moral con el objeto de ganar un mínimo de conciencia sobre los peligros incrustados en las esferas de la dominación y de la exclusión. Primero, la moral proporciona valores sólidos a los participantes de una sociedad; en segundo lugar, ésta debe ofrecer a los actores políticos un piso estable para sobreponerse a los vaivenes del poder. Más allá de la controversia entre morales universalistas y morales relativistas, o si se quiere para ganar precisión, más que enfrentar una moral del diálogo con una moral de la introspección, la intención debe estar dirigida a sacar lo mejor de ambas para lograr un mundo más llevadero.

No se aconseja quemar todos los cartuchos en controversias que no trasciendan los espacios académicos, procurando solamente un ejercicio de erudición. Sobre todo para manejar con criterio de idoneidad las necesidades socioeconómicas de una población atrapada en las redes de intereses contrapuestos ¿Cuáles son las verdaderas intenciones de un político, de un dirigente vecinal, de un juez, de un maestro de escuela, de un médico, etc.? ¿Puede suceder que las buenas intenciones se conviertan en infaustos resultados? Podemos responder que eso sucede en no pocas oportunidades. He aquí uno de los temas que afrontamos, y sobre el cual queremos discutir.

Este último cuestionamiento lo único que hace es complicar el tema objeto de nuestro estudio, sobre todo porque muchas veces los aportes sinceros son tomados desde un trasfondo ideológico el cual termina por beneficiar a un sector en desmedro de otros o, lo que es peor, produciendo una serie de engaños a pesar de las buenas intenciones de sus promotores. Si bien es cierto que toda propuesta política debería cumplir con un mínimo de requisitos racionales, estos no llegan a ser suficientes para su efectiva implementación. Por lo menos, en lo atinente al reconocimiento efectivo del otro con iguales derechos y deberes. Es decir, se trata de un vil engaño, avalado por un cuerpo muy sofisticado de normas que se dicen morales y que en lo teórico se ven muy bien, pero que no se cumplen efectivamente cuando se ponen en práctica.

Al respecto suscribimos las palabras del profesor Rüdiger Bubner cuando llama a este

fenómeno el *problema de la sofistería*, en el que se cae cuando se deposita una confianza no justificada en la razón ilustrada que se dice capaz de disipar las tensiones y producir los acuerdos que potencian la sana convivencia y el repartimiento equilibrado de las responsabilidades sociales, pero esto que se construye felizmente en la teoría jamás se concreta en la práctica: «Se trata precisamente de la aparición de la *conciencia correcta*, porque en ella se cumplen todas las condiciones externas de racionalidad y sin embargo sigue aún impregnada de un engaño no reconocido» (Bubner, 1991:233). Al respecto, esta desconfianza, por no decir ojeriza sobre la razón fiduciaria de la Ilustración, ya había sido denunciada en 1969 a través de los argumentos esgrimidos por Horkheimer y Adorno (1999) en *La Dialéctica de la Ilustración*:

La Ilustración, en el más amplio sentido de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo y constituirlos en señores. Pero la tierra enteramente ilustrada resplandece bajo el signo de una triunfal calamidad. El programa de la Ilustración era el desencantamiento del mundo. (p. 59.)

Es por ello que observamos, con gran naturalidad, que toda propuesta política enterrada en la realidad y no en el mundo de las ideas, ha de



venir acompañada por una fuerte dosis de respeto por los derechos humanos, es decir, por una plataforma de universalidad en cuanto a ciertos principios básicos, los cuales han de ser asumidos *prima facie*. Se trata de componer mecanismos, lo suficientemente maleables, que hagan factible la reciprocidad en lo tocante a las relaciones intersubjetivas. Los juicios racionales tienen que recurrir al compromiso real que pretende representar, por un lado el diálogo sincero y efectivo con el otro, como también el necesario examen de las necesidades básicas y esperanzas de cada ser humano en particular. Al parecer ya no es suficiente contar con una mayoría simple para legitimar ciertas experiencias socioeconómicas o soportar las decisiones políticas sobre mitos pasados o grandes relatos, porque simple y llanamente estos han quedado reducidos a meras piezas de museo, sólo utilizables para proyectos de grado de nuestros graduandos en las universidades.

No vale de mucho presentarse con un modelo moral creyendo que sólo así se lograría solventar las oposiciones y contradicciones que depara la realidad. Además, al no dedicar parte importante del argumento moral en concretar o establecer apoyos institucionales para su efectiva ejecución, deja entrever que tan débil pudiera ser su visión pragmática de las cosas. No basta ser honestos, es menester de otros instrumentos que promuevan la honestidad en la sociedad. De aquí que sea menester profundizar en las plataformas argumentativas que sustentan, por lo pronto, los discursos del derecho positivo y de las ciencias

sociales. La acción individual tiene que ser asistida por organismos públicos y privados tendientes a reforzar conductas respetuosas para cada uno de los miembros de una comunidad, sin reparar en sus inclinaciones religiosas, políticas, sexuales, etc.

Sabemos de sobra que las estrategias para fundamentar las distintas áreas del conocimiento social y científico encuentran a su vez enormes problemas para sostener un mínimo de coherencia en el tiempo. Que la viabilidad de los proyectos comunitarios, regionales y más allá globales, son necesarios, pero al mismo tiempo inalcanzables. Tamaña paradoja para el que no encontramos forma y manera de explicación satisfactoria, ni tan siquiera un mínimo de disimulo para algunas de nuestras carencias quedando así, muy mal parada, aquella reiterada titularidad que ostentamos de seres humanos y racionales, y que sirve como carta de presentación y justificación para muchas de nuestras acciones.

Todos sabemos lo difícil que es tapar el sol con un dedo, pero también lo difícil que es, cuando los esfuerzos no son suficientes, comportarse a la altura frente a la adversidad, emulando con ello a la señora Dalloway, personaje principal que da título a una de las novelas más celebradas de Virginia Woolf. Y es esto segundo, lo que se nos pide cuando traemos a colación las reflexiones que se han realizado en el ancho mundo de la ética, pensando que sólo así se podrá aportar luces sobre la cadena interminable de conflictos existenciales, sociales, económicos y políticos que afectan al ser humano de hoy.

A pesar de los errores cometidos, y los que de seguro están cometiendo, hay que mantener en alto las esperanzas de un futuro previsor. Es bajo este espectro que queremos cubrir en una primera incursión las ofertas que desde la ética realizan Foucault y Habermas. La intención no se reduce a la confrontación, sino a la búsqueda del reconocimiento del otro como valor moral insustituible de nuestra contemporaneidad. Potenciar las vías de comunicación gracias a las cuales todos los participantes puedan tener la oportunidad de ser tomados en cuanto a la vez reconocer sus actitudes para ayudar a resolver los conflictos propios de la vida social.

III. LA VIABILIDAD DEL DISCURSO ÉTICO FRENTE A LA DIVERSIDAD CULTURAL.

No en balde sabemos que la discusión en torno a la pertinencia de la ética emerge cuando se observa que toda valoración moral puede ser presentada a través de dos posiciones, a saber: cuando dicha evaluación es ajustada por parámetros individuales no aspirando en principio a más, o en su defecto por consideraciones sociales, sin por ello descuidar los anhelos personales. En el primer, caso ha de construirse dispositivos que justifiquen el mantenimiento de la propia vida y la posible relación entre la ética y la estética, encontramos aquí una fuerte dosis de moral post-aristotélica; el segundo, se inscribe en la necesidad de establecer relaciones armónicas en el ámbito social, con la finalidad de atemperar las posiciones radicales, así como también

erradicar aquellas propuestas que inviten a la violencia o a la intolerancia, para ello no deja de ser pertinente, y hasta saludable, las aportaciones que puedan provenir del mundo de las ciencias sociales y jurídicas con el fin de afinar lo que se debería entender como lo *justo*. Para este caso hay que tener presente los argumentos morales esgrimidos por la mayoría de los post-kantianos del siglo XX.

Lo importante de todo esto no es otra cosa que saber qué tan significativo pueden llegar a ser las construcciones teórico-prácticas que buscan justificar un suelo ético para llevar adelante proyectos de convivencia y aceptación personal, de cara a enfrentar los mecanismos propios del poder. No olvidemos que todo proyecto que propicie la convivencia, parte de entrada del reconocimiento mutuo de las partes. Esto significa poseer igualdad de oportunidades para intervenir en aquellos puntos en los que se consideran vulnerados los derechos de un miembro o grupo en particular. Tener la oportunidad de ser oído, al tiempo que se requiere el compromiso expreso de saber escuchar y rectificar si así lo imponen los argumentos expuestos.

Por otra parte, atendiendo a la capacidad disuasiva de los postulados éticos en su tarea de provocar la acción deseada en el agente, tocaría analizar si obedece el cumplimiento del deber a principios personales o, en cambio, si dicho desempeño se inserta dentro de una planificación comunitaria, donde el establecimiento de roles puede o no convalidar una determinada acción consensuada o compartida. Piénsese en un hecho



sacado de la antropología social muy particular, que no deja de ser un buen ejemplo para lo que estamos diciendo: la relación entre los cimarrones, en particular los saramacca, y los misioneros moravianos en el siglo XVIII, en tierras que hoy pertenecen a Surinam. Bajo todas luces ambas culturas eran no sólo diferentes en sus propósitos y fines sino irreconciliables. No hicieron nada para construir puentes para el diálogo. Es, si se quiere, un típico caso en el que las partes no se reconocen antropológica y culturalmente.

El caso es el siguiente, los saramacca no encontraban razón alguna para convertirse al cristianismo, ellos sólo buscaban escapar de los blancos, y además, estaban concientes de que no habían cometido ningún pecado. Los saramacca no entendían las razones morales y escatológicas que aducían los misioneros moravianos cuando estos buscaban, hasta el paroxismo, potenciar sus penalidades. Para los misioneros luchar contra el hábitat, intentando domesticarlo era declararle la guerra al Dios que les dio la existencia y también su destino en la tierra. Todo lo que del él provenga no puede ser rechazado o siquiera adulterado. Del otro lado, los nativos entendían que la única forma de luchar por su libertad era adaptándose a las condiciones del lugar, hacer del mismo un hogar, sólo así sería posible lograr un mínimo de independencia. Evitar en lo posible las agresiones ambientales como también implorar a los dioses que los mantengan alejados de las enfermedades, reclamarles si es posible para que el daño no acontezca o sea mínimo.

Por su parte, los moravianos, dando muestras de un sensualismo que rayaba en el erotismo, veían

sus heridas y enfermedades propias del trópico como el mayor de los regalos divinos. Los aceptaban estoicamente. Se trataba de espiar las culpas a través del sufrimiento corporal. No había protestas ni reclamos solamente la conformidad con un destino que manifiesta la voluntad divina. De no procurar calmar los dolores ni buscar paleativos, lo que terminaba por acelerar la muerte del religioso. De alguna manera en esas tierras inhóspitas los moravianos estaban recibiendo los dones del cielo. La renuncia y despreocupación por los peligros y enfermedades les colocaba en las puertas de la libertad. Lo que, como se podrá ver, estaba fuera de este mundo.

En consecuencia, podemos adelantar un par de curiosas lecturas sobre este evento por demás emblemático, ya que es el típico caso de no comunicación. Primero, se trata de dos culturas que si bien ocuparon un mismo espacio y tiempo de la historia de este continente, jamás lograron reconocerse como seres humanos y menos constituir un mínimo de convivencia. Sus prácticas estaban ancladas en modelos racionales imposibilitados de construir vasos comunicantes. Segundo, la renuncia a un mundo procurando el cuidado del alma destruyendo al cuerpo no era, aunque los moravianos pensaban lo contrario, el mejor ejemplo de unificar algunos ideales estéticos con otros de corte ético. Ellos seguían con excepcional alegría el martirio del Cristo crucificado a medida que los dolores iban en aumento.

En una sola cosa estaban de acuerdo las partes: lo que el otro hacía representaba el modelo

fidedigno de la irracionalidad y lo inadmisible. En una palabra: quedaba al descubierto la incapacidad real de medir al otro a través de sus acciones humanas. En estas condiciones se torna imposible compartir un mínimo de axiomas morales. Un valor que considere la importancia de establecer diálogos constructivos más allá de las diferencias culturales. Romper con los modelos educativos que propicien la exclusión y la postura dogmática.

Esto nos coloca ante otro problema ineludible, por cuanto se impone la tarea de presentar el debate, siempre abierto, sobre si son los deberes del hombre los que imponen un ritmo indispensable a una sociología de los valores en constante ebullición, o en cambio el acento debe ser colocado sobre ciertos derechos inalienables. Se puede abordar el tema considerando que se trata de un problema de origen o de consecuencias. Existe alguna posibilidad de comenzar esta discusión auxiliados con los conceptos de naturalidad y convención, conocimiento e interés, dominación y estrategia, tomándolos por lo pronto como luces para el camino.

Bajo estos registros iremos rastreando algunos de los argumentos que nos ofrecen Habermas y Foucault. Ello con el fin de abrir espacio a la discusión de los temas y a la comprensión de nuestro presente lleno de incivilidad, incomunicación, actos atroces, procedimientos inhumanos y aumento desmedido de la crueldad y lo que es peor, de su aceptación como si se tratase de eventos tan naturales como la salida del sol. Asumir la fatalidad con tales muestras de

indiferencia no ayuda mucho a salir de los problemas. Manifestar interés por los bienes de consumo perecederos, ha de ser tomado como una señal que debe llamarnos a la reflexión.

Una señal de egoísmo que desemboca en aislamiento social como también el de un hedonismo desbocado no ofrece muchos elementos para reforzar más allá de los valores crematísticos y convencionales una sociedad que debe enaltecer valores perdurables en el tiempo. ¿Acaso se asume lo convencional como si fuera un evento natural? O acaso, ¿el conocimiento finalmente ha sido colonizado por intereses transitorios que no dejan ver toda la densidad del presente? ¿No vale ya ninguna estrategia de largo aliento que haga eclosionar los mecanismos de dominación? Lo cierto es que no puede medirse el desarrollo de una sociedad tomando en consideración solamente los valores económicos. Existen valores ecológicos, religiosos, de género, filosóficos y políticos que exigen se respeten sus espacios.

Es aquí cuando debemos, por pudor y urbanidad, introducir en nuestros procedimientos de comprensión sobre lo que está aconteciendo, un cuerpo de ejercicios que ponga en consonancia la vida y la reflexión de cada uno de los agentes sociales en directa correspondencia con sus semejantes y, subsiguientemente, a la toma de conciencia de todos aquellos que se benefician de su estadía en nuestro planeta Tierra. Aprovechar racionalmente los recursos naturales. Estimular una mayor participación ciudadana en aras de preservar y mejor utilizar sus enormes riquezas



naturales. El compromiso no debe quedar reducido a la relación con el otro, sino que debe respetar a la propia naturaleza sin la cual no sería posible establecer las relaciones humanas.

Que sin muchos rodeos se sumen esfuerzos con el fin de aminorar la marcha de los velados discursos de la perversión y la exclusión. A tal fin, consideramos que el espacio privilegiado, aunque no el único, sobre el cual podemos llevar adelante estos ejercicios es el de la ética. Apañar sus luces para intentar caminar sin tantos tropiezos. Lamentablemente, muchas veces sus aportes son un tanto escurridizos y no logran contribuir, aunque sea con un mínimo de seguridad, al agente moral. A lo sumo les aporta un grado significativo de desconfianza ante toda promesa de bienestar y felicidad. Que esta realidad sea tan cruda, no es difícil de constatar.

Lo podemos corroborar transitando por cualquiera de las calles históricas de las grandes y pequeñas ciudades a lo largo de nuestro planeta, ricas y pobres, desarrolladas o en vías de desarrollo, como también en la memoria de sus viandantes. Auschwitz, Hiroshima, Vietnam, Praga, Varsovia, Camboya, Centro América, Afganistán, Albania, Ruanda, Bosnia, Kosovo y lamentablemente algunas ciudades de Venezuela, no es más que el comienzo de una larga lista de parajes que no pueden ser desatendidos. Así también, personajes como Adolf Hitler, Iósiv Stalin, Mao Tsé-tung o Saloth Sar mejor conocido como Pol Pot entre otros, ponen a prueba las estrategias del discurso ético. No obstante, evacuados algunos de los innumerables

testimonios que dejan en una situación embarazosa los esfuerzos realizados desde los predios de la ética se mantiene una sospecha generalizada que indica que sin el concurso responsable de todos los ciudadanos, será por demás espinoso el camino de la coexistencia pacífica entre los distintos credos y convicciones que conforman nuestras heterogéneas sociedades. Es aquí que se torna ineludible el concurso de la ética justificándose el por qué su permanencia en gran parte de las cátedras de la mayoría de las universidades del mundo.

Pero seamos sinceros, en los pasillos académicos la situación se complica. La realidad no difiere puertas adentro en las cátedras de ética de las distintas universidades, hablamos en general de esos espacios donde se desarrollan los estudios de tercer y cuarto nivel. Estos se encuentran, a pesar de su erudición, en las mismas condiciones de insatisfacción que aquejan al viandante, lejos de la conciliación nos encontramos con un mar de desavenencias y disputas interminable, y yo diría irreconciliables. Principalmente, cuando miramos con detenimiento los predios que separan los ejercicios éticos soportados sobre los modos del habla que incitan el comportamiento moral, de aquellos otros que fijan sus análisis en las consecuencias de los actos morales propiamente dichos. Claro, no todos debemos pensar de la misma manera, pero esto no puede servir de excusa que justifique la evasión de responsabilidades a la hora de aportar argumentos constructivos que hagan viable un mínimo de convivencia, armonía social y realización existencial. ¿Cómo llevar

adelante un diálogo, reconociendo que lo más importante es lo real, es decir, aquello efectivamente está sucediendo frente a nuestras narices y no las diferencias conceptuales que terminan por desdibujar al propio diálogo?

IV. LA RELACIÓN ENTRE EL PODER Y LA ÉTICA.

Por lo antes expuesto, es mi parecer, que entre los múltiples problemas que proliferan alrededor de la filosofía moral, encontramos uno que hace tormentosa su existencia, y sin temor a equivocarme requiere el concurso de todos aquellos preocupados por el sano desenvolvimiento de una moral que aspire a un mínimo de civilidad, a saber: la relación con el poder. Es la única manera por lo pronto de sacar la moral de las aulas universitarias, obligando de esta manera a la construcción de estrategias realizables para un mundo lleno de conflictos que aguarda por respuestas y no sólo disertaciones.

¿En un momento donde parece que el tiempo se acaba, puede la ética encarar las instancias en las cuales se desarrolla el poder? ¿Es posible siquiera concebir que las pretensiones del poder encuentren algún atractivo en las recomendaciones que provengan del discurso ético? ¿Es posible un encuentro en el ámbito teórico, entiéndase académico y científico? O por lo pronto su disposición al diálogo sólo encontraría sentido en un espacio eminentemente práctico, entiéndase la praxis política sin más aditamentos. Preguntas de difícil contestación porque obedecen a mundos

conceptuales cuyo proceder e intención suenan, o nos suenan, contrastantes, inclusive refractarios. Ya lo habíamos indicado al comienzo de este ensayo.

Adicionalmente son ineludibles las palabras de Weber sobre el poder, por cuanto lo hace ver como un dispositivo que otorga a su poseedor -ya se trate de una sola persona o un grupo significativo- capacidad real para la realización de sus proyectos, sin tener que pasar necesariamente por las llamadas alcabalas de control moral. Con el poder o con la obtención del poder, mejor dicho, se logra culminar los objetivos individuales o sociales, no importando que estos sean egoístas o encomiables. Es por ello que se dispara una voz de alerta. Una voz que invita a la reflexión. Citemos las famosas líneas de Weber registradas en su texto *El político y el científico* de 1919, donde se dice lo siguiente sobre el poder: «Quien hace política aspira al poder; al poder como medio para la consecución de otros fines (idealistas o egoístas) o al poder *por el poder* para gozar del sentimiento de prestigio que él confiere» (Weber: 1983: 84).

Queda en evidencia el peligro que representa el poder. Resulta complicado configurar una propuesta que sea suficientemente sólida para contrarrestar los beneficios inherentes al ejercicio del poder. Oigamos, en un acto que yo diría temerario, la respuesta que Foucault (1994), a pocos meses de morir, ofrece cuando se refiere a la tarea que ha de adelantar la filosofía para prevenir los peligros de este poder (Foucault: 1994):

Esta tarea ha constituido siempre una de las funciones más importantes de la filosofía. La filosofía en su vertiente crítica –y entiendo crítica en un sentido amplio- ha sido precisamente el saber que ha puesto en cuestión todos los fenómenos de dominación, cualquiera que fuese la intensidad y la forma que adoptan –política, económica, sexual, institucional, etc-. Esta función crítica de la filosofía se deriva hasta cierto punto del imperativo socrático: *ocúpate de ti mismo*, es decir, *fundaméntate en libertad mediante el dominio de ti mismo* (p. 142)

Por su parte, Habermas (2000) no queda atrás cuando toca el tema del poder. Y como veremos, en este caso se trata más de un problema de procedimientos que de coste personal. Al respecto:

Tan pronto el interés propio tenga que ser puesto en consonancia con el ajeno, los discursos pragmáticos remiten a la necesidad de llegar a soluciones de compromiso. En los discursos éticos-políticos de los que se trata es de aclarar una identidad colectiva que tiene que dejar sitio para la multiplicidad de proyectos de vida individuales. El problema de la exigibilidad de los mandatos morales motiva el paso de la moral al Derecho. Y con la implementación de fines y programas se plantean por último

las cuestiones referentes a la transmisión y a la utilización neutral del poder político. (p. 125)

No se puede establecer un camino que tome en cuenta ciertos valores morales, sino se reconoce una identidad social que busque expresar la multiplicidad de experiencias y expectativas propias de los individuos. Además, la necesidad de establecer un código legal que amparado en fundamentos morales sirva para conducir las acciones del agente singular en un ambiente de respeto y consideración por los otros. Referente que ayuda a marcar diferencias entre un mundo civilizado de uno que se regodea en la barbarie.

Que quede claro que no será el propósito de estas líneas agotar el tema, por demás prolijo de la ética con el poder. Y mucho menos emitir un veredicto final sobre los aportes realizados por los dos pensadores citados líneas arriba. Más bien queremos presentarlos para estimular un diálogo constructivo. Las razones son obvias y no requieren de extensas explicaciones. Podemos decir, *prima facie* sobre el primer punto, que un abordaje concienzudo sobre la relación de la ética y el poder amerita no una sino varias enciclopedias; en relación con el segundo punto se trata de dos autores de reconocida trayectoria y cuyas obras, por demás actuales, son objeto de innumerables ensayos, monografías y tesis universitarias a nivel mundial. En el caso de Habermas, todavía nos sorprende gratamente que aún sus escritos demuestren una lucidez sólo propia de los grandes filósofos. De ahí, que estemos muy lejos de decir la última palabra sobre

los nombres aludidos en el título de esta ponencia. A lo más, procederemos a enunciar sus aspiraciones y lo que consideramos indispensable, a la vez que utópico, para su concretización.

Mi, por de más escueta, intención se dirige más que todo a tantear las condiciones de posibilidad, o si se quiere de factibilidad real, de los proyectos o propuestas que en el terreno de la ética mantienen estos pensadores, teniendo presente al poder como un factor categórico en las relaciones intersubjetivas. Éste no sólo influye de manera concluyente en la toma de decisiones del agente individual, en cuanto sus expectativas reales para la materialización de sus deseos y anhelos de vivir dignamente, sino también y de forma ineludible en los movimientos colectivos de los que no consigue escapar, y que pueden ya alentar y promover los proyectos individuales o comunitarios, o ya desintegrarlos generando un divorcio entre las aspiraciones personales en aras de preservar aspiraciones de corte regional, nacional o inclusive continental. En este último caso procede con mucha fuerza la lucha por definir en los mínimos requeridos el marco de los derechos humanos. Se trata del papel que el intelectual posee ante un presente que no puede eludir por revelar demasiadas evidencias de inhumanidad y ausencia de proceder moral. Lograr el poder quebrando toda aspiración moral que procure el desarrollo moral y la convivencia social, en especial el trato con las minorías.

Y decimos esto porque las circunstancias de desintegración social y política indican un pronunciado descenso en la civilidad y un

peligroso aumento de la barbarie. Es más, la situación actual se torna preocupante por la creciente insensibilidad de la sociedad por los hechos cada vez más inhumanos. Se está destruyendo el muro de contención moral que impedía que las atrocidades se tornasen parte de la vida cotidiana. Y como muy bien dice el historiador Hobsbawm (2002): «...lo peor del asunto es que nos hemos acostumbrado a lo inhumano. Hemos aprendido a tolerar lo intolerable» (p. 264). Y en parte, esto se debe a la pérdida de los ideales de la Ilustración, que entre otras cosas no es más que la falta de comprensión para asumir el mundo de hoy. Que más allá de reconocer la fragmentación que corroe tanto las relaciones intersubjetivas como las interinstitucionales debe procurarse diálogos benéficos para todos los integrantes.

Entendámonos se busca atender críticamente nuestro presente alimentando las discusiones filosóficas con propuestas como las de Foucault y Habermas, si bien desde aceras diferentes, con el fin de no justificar lo injustificable o peor aún, soportar lo insostenible como un evento más entre otros. Lo que queremos son antídotos que procuren ser eficaces ante la indiferencia y el todo vale, más cuando hay dinero de por medio. No se trata de un ejercicio que busque marcar las diferencias sino los acercamientos, las identidades, las coincidencias.

Aquí podemos contar con una ventaja. Tanto Foucault como Habermas se manifestaron contrarios a toda imposición por la violencia, y se



revelaron inconformes con aquellos gobiernos establecidos por la fuerza. De ahí que en los argumentos esgrimidos por estos autores jamás encontraremos la menor intención a la imposición, y mucho menos la sacralización de una tendencia. Más bien, observaremos la promoción de un modo de vida secular, en el que los dispositivos del poder, si bien ineludibles, lograsen rutas para su mejor utilización. Sobre todo en el caso de Habermas. Ello, claro está, a través de la luz de nuestra realidad histórica, es decir, nuestro contexto espacio temporal lleno de dificultades sociales, educativas y económicas, por decir lo menos. En una palabra, la toma de conciencia para un uso comedido de los mecanismos que rodean al poder.

En el fondo, constatar las posibles herramientas que puedan ayudarnos, primero como docentes y después como ciudadanos, afrontando los retos que representa la tensa relación entre el poder o los micros poderes, como le gusta decir a Foucault, y las distintas ofertas éticas que encontramos en el mercado intelectual de nuestros días. En el caso que nos incumbe, y para decirlo de manera resumida, qué tanto nos puede ayudar una ética con un marcado tinte estoico preocupado por las formas individuales de vida, o una ética abocada a la construcción de una propuesta compartida a través del diálogo razonado, constantemente apoyado por instituciones jurídicas sólidas y en constante reflexión.

Acaso, ¿resulta mejor afrontar nuestra realidad tomando como punto de apoyo una ética del discurso afincada en un proyecto racional que

promueva e impulse mecanismos fluidos de información, de respeto por las opiniones de cada uno de los afectados, de satisfacción de condiciones simétricas que permitan que se pase del monólogo al diálogo, procurando si no la resolución del conflicto, por lo menos la salida que minimice por un tiempo razonable los niveles de insatisfacción entre las partes? En este ámbito de ideas se hace impostergable promover la reflexión filosófica sobre el derecho positivo y la justicia, en aras de suplir las deficiencias de la moral con una bien apertrechada *racionalidad procedimental*, que sirva de soporte a las instituciones que fijan pautas a la sociedad.

Ello aligeraría la carga de una moral afincada en fines últimos intransigente, habitualmente propensa a caer en desenlaces violentos. El norte se encuentra en la afirmación de valores capaces de alimentar el diálogo entre las culturas, disminuyendo sin anular las cuotas de aislamiento propias de todo pueblo cuando procura defender sus tradiciones. El camino a seguir requiere de argumentos a la vez racionales y sustituibles en el tiempo. Se trataría de un trabajo de complementación entre la moral y los argumentos que soportan las leyes, que daría por resultado la configuración de un Estado de Derecho conciente de revisar sus postulados, para evitar todo dogmatismo.

Un camino abierto a una educación democrática, preocupada por entender los valores del reconocimiento, el respeto, y de la dignidad humana que no hay un fin último excluyente y exclusivo sino compartido y abierto al cambio.

Que los problemas no cuentan con soluciones definitivas, de ahí que los canales para el diálogo deben mantenerse siempre abiertos. Se trata de sopesar un principio que integre a los afectados, y que al mismo tiempo, obligue a las instituciones gubernamentales a mejorar vías de comunicación más francas y expeditas. Prestemos atención a las palabras de Habermas (ya citado):

Una teoría discursiva del Derecho que *enlace* con la ética del discurso se mantendrá adherida al modelo discursivo. Explica la diferencia entre la pretensión normativa de validez de las reglas morales y la pretensión normativa de las normas jurídicas diciendo que en una formación política que se suponga racional de la voluntad del legislador no entran en modo alguno solamente razones morales (y éticas), sino sobre todo programas y fines que proceden de soluciones de compromisos mas o menos equitativas, así como datos y predicciones provenientes de discusiones entre expertos más o menos controvertidas. Una formación colectiva de la voluntad de este tipo tendría a su favor la presunción de la racionalidad, en la medida en que pudiese desarrollar, en general, en formas discursivas. La idea de Estado de Derecho se puede comprender entonces desde el propósito de institucionalizar jurídicamente los exigentes presupuestos

comunicativos y procedimientos de una red de argumentos y negociaciones diferenciada atendiendo a las distintas preguntas planteadas. Pues, en ese caso es necesario domesticar discursivamente el poder político mismo utilizado para sacar adelante el principio discursivo. (p. 206)

O en cambio, ¿resulta mejor tomar conciencia de la finitud de nuestras vidas, asumiendo el ocuparse de sí mismo como la tarea ineludible e impostergable de todo ser humano, ofreciéndose a través de ésta, los valores no sólo éticos sino estéticos que humanizarían finalmente a nuestra convulsionada sociedad? ¿Será acaso la ruta que marca las estrategias que devienen saber y que Foucault denomina tecnología del yo las que habrán de construir un control más perdurable sobre lo que deberían ser los verdaderos requerimientos de cada individuo? Se presenta esta vía como la única para evitar los fraudes y falsas promesas propias de las políticas gubernamentales. Empero, con esta solución, vamos a estar claros, lo que se esta promoviendo es una ética para el consumo de una minoría muy selecta, culta e indiferente a los vaivenes de las circunstancias pasajeras. Más que promover un cuerpo de imposiciones y códigos con pretensiones institucionales, se invita al cultivo de una vida estoica calidamente hermosa con altas cotas de ejemplaridad, pero no para su emulación precisamente sino para potenciar la individualidad.



Pongamos atención al propio Foucault (1995), cuando dirige la mirada sobre su propio trabajo:

La razón principal estriba en mi opinión, en que el objetivo principal de esta especie de ética era estético. En primer lugar, esta especie de ética era únicamente un problema de elección personal. En segundo lugar, estaba reservada a una pequeña parte de la población; no se trataba en absoluto de imponer un modelo de comportamiento para todo el mundo. En fin, esta elección venía dictada por la voluntad de vivir una vida hermosa y dejar a los otros el recuerdo de una vida honorable... (p. 186)

Y un poco más adelante en el mismo texto nos dice Foucault (ya citado) para completar su idea lo siguiente:

Lo que me sorprende es el hecho de que en nuestra sociedad el arte se ha convertido en algo que no concierne más que a los objetos, y no a los individuos o a la vida... ¿Por qué no podría cada uno hacer de su vida una obra de arte? ¿Por qué esta lámpara, esta casa, sería un objeto de arte y no mi vida?... debemos constituirnos a nosotros mismos, fabricarnos, ordenarnos como una obra de arte... (pp. 193-194).

Digamos que tanto en uno como en otro caso, no se intenta la solución definitiva de los conflictos entre el ejercicio del poder y los postulados éticos. Lo que se busca, y he ahí lo loable de ambas argumentaciones, es minimizar los niveles de

barbarie e inhumanidad enquistados en nuestras sociedades. Sólo que a un costo muy alto, a saber: para Foucault se trata de un cultivo de sí, a través de una continua preocupación de la propia existencia. Lo que necesariamente obliga a la configuración de técnicas pensadas para el yo, o como bien dice Foucault la elaboración de toda una tecnología del yo, que no busca establecer un marco de prohibiciones, sino todo lo contrario, poner al servicio del sujeto todo un cuerpo de poderes a su disposición con el fin de encontrar la verdad de su propia existencia, o mejor dicho, la vida misma. Sólo así es posible hablar de una verdadera ética, aquella en la que se puede concebir el ejercicio de la libertad. Por esta vía se lograría el reconocimiento del otro y en consecuencia la convivencia social.

Pero, esta estrategia amerita un nivel cultural de altos vuelos aderezado con una indispensable holgura económica para no dejarse llevar por las tensiones, y en algunos casos desviaciones nada extrañas en los tiempos que corren. El grado de exigibilidad es elevadísimo, y entendemos ahora cómo ciertos ofrecimientos morales, por demás bien intencionados, se tornan en simple aspiración, sólo alcanzable para algunos pocos privilegiados que asumen el tiempo presente como su presente y saben que no deben dejarlo escapar siendo ésta la tarea principal de toda filosofía moral. Oigamos una vez más al propio Foucault (2003): «Yo caracterizaría, pues, el *ethos* filosófico propio de la ontología crítica de nosotros mismos como una prueba histórico-práctica de los límites que podemos franquear y, por tanto, como un trabajo

nuestro sobre nosotros mismos en tanto que seres libres». (p. 93) Se incita a exceder lo propios límites, pero sin lastimar a terceros. Cultivar una moral que justifique la propia existencia, sin otra imposición que la convivencia entre los distintos participantes de una sociedad. El reconocimiento del otro viene medido por el reconocimiento de las propias capacidades individuales, es decir, lo que espera y es capaz de hacer cada quien con su propia existencia para en consecuencia valorar y respetar al otro que se esfuerza por reconocerse también a sí mismo.

Por lo citado tenemos que Foucault se reconoce portador de una ontología de la actualidad, y para tal fin, se vale de tres registros conceptuales: la verdad, el poder y la ética. Con ellos busca entender los procesos que dan pie a la conflictividad política, cultural, social e individual. Se trata, vista su posición teórica, afrontar y reconocer al poder como una realidad ineludible. Para nuestro pensador francés el poder siempre se lo verá enquistado en todas las construcciones argumentativas en los que juega un papel protagónico la verdad. De ahí, que todo procedimiento no sería completo sin el debido concurso de la ética, ya sea para construir todo un protocolo que viabilice o justifique una comunicación racionalmente fiable entre los distintos miembros de una sociedad, o más allá de esto, construir todo un dispositivo que busca satisfacerse la preocupación por el cuidado de la vida personal ante el mundo circundante no siempre complaciente.

Por su parte, Habermas invita a suplir las deficiencias del discurso moral con los esquemas procedimentales propios del estamento jurídico. El principio de universalidad, en el que los afectados han de tomar las riendas del diálogo encontrará su compensación en instituciones sólidas capaces de soportar los embates foráneos, con el fin de promover los acuerdos que potencien la convivencia en un mundo socialmente complejo. En este caso las exigencias educativas, culturales e institucionales son por demás altas, ya que se trata, entre otras cosas, de no dejarse colonizar por aquellas acciones orientadas al éxito, y que mucho tienen que ver con las sociedades de consumo y el cálculo monetario, propias de nuestro tiempo.

La tarea por delante consistirá en perseverar en los mecanismos que impulsen el diálogo. Implementar todo tipo de faena que se oriente al entendimiento, entendido éste como el respeto de las partes y las capacidades argumentativas para hacerse entender a la hora de presentarse un conflicto. Sólo éste posee carácter emancipatorio, y por ende, es el único capaz de alcanzar la resolución satisfactoria de los conflictos a través de la argumentación racional y del reconocimiento de las pretensiones de validez de los actos de habla de los participantes. Emanciparse para que el poder no caiga irremediabilmente en un cuerpo de relaciones de exclusiva dominación. Es, por lo pronto, la única manera de no dejarse engañar por las ofertas ideológicas, algunas muy sugerentes, del mercado. Oigamos al propio Habermas (2003):

Las normas válidas no *existen* sino en el modo de ser aceptadas intersubjetivamente como válidas. La *validez* de una norma moral significa que *merece* reconocimiento universal a causa de sus destinatarios únicamente por medio de razones. El mundo moral que nosotros, como personas morales, debemos hacer realidad conjuntamente, tiene un significado constructivo... La finalidad de la ética del discurso es demostrar que la dinámica requerida de *toma de perspectiva* recíproca está implícita en las presuposiciones pragmáticas del propio discurso práctico. (pp. 87 - 89)

Y en esto se fundamenta el papel que a juicio de Habermas, no puede quedar al margen en la tarea de aquellos que se dedican a los quehaceres filosóficos, porque entre otras cosas las desviaciones que, con manifiesta insistencia, se siguen produciendo en la actualidad así lo exige. La tarea crítica tiene que prever los riesgos del poder político y económico, con el objeto firme de no creer ciegamente en los postulados de una felicidad imposible. No se va a la experiencia con ideas establecidas previamente. Dichas ideas han de construirse con el concurso de todos, abriendo espacio al diálogo multidisciplinario. Como bien dice Habermas (1990), la labor filosófica posee un talante orientador, totalmente alejado de toda práctica impositiva.

En su papel de intérprete, en el que puede mediar entre el saber de los expertos y una práctica cotidiana necesitada de orientación, la filosofía puede hacer uso de ese saber y contribuir a traer a consciencia tales deformaciones del mundo de la vida. Pero esto sólo como instancia crítica, pues la filosofía ya no puede suponerse en posesión de una teoría afirmativa de la vida correcta o la vida feliz. (p. 62)

Si bien por caminos diferentes tenemos que ambos filósofos piensan el quehacer ético desde su presente, el cual es hoy más que nunca ineludiblemente. Ambos, aunque con propuestas que nos lucen inalcanzables, no dejan de invitarnos a pensar que, como seres humanos, podemos ser mejores, instando a que se vuelva a levantar un muro de contención con el firme propósito de lograr una sociedad que no esté dispuesta a seguir tolerando lo intolerable. Que retomemos nuevamente el sendero de la humanización frente a la continua deshumanización. Es cierto, la oferta que nos hacen Foucault y Habermas es muy elevada, pero hay que mantener la aspiración en cada uno de nosotros con el fin de alcanzar el camino que armonice los procedimientos propios del poder y de la política, con los argumentos esgrimidos por los discursos éticos, más ahora en tiempos donde se está borrando la frontera entre lo admisible y lo inadmisible. O para usar la terminología de Nietzsche (1996): «...será hora de aprender a medir, y con ello retomar el camino

de la moral». Acaso ¿no era ese el oficio que nos definía como hombres? Claro con ello corremos el riesgo de caer una vez más en la trampa de la homogeneidad, sobre todo si el encargado para tal fin sea el poder de erradicar las diferencias. Sólo se marcan diferencias cuando se es capaz de tomar distancias, abrir los espacios para con ello medir la tarea que con tesón ha sabido ejecutar el hombre.

BIBLIOGRAFÍA

Bubner, R. (1991). **La filosofía alemana contemporánea**, Madrid, España.

Editorial Cátedra.

Foucault, M. (2003). **Sobre la Ilustración**, Madrid, España. Editorial Tecnos.

_____ (1994) «Entrevista realizada por Raul Forner-Betancourt, Helmut Becker y Alfredo Gomez-Muller el 20 de enero de 1984" en **La Hermenéutica del Sujeto**. Madrid, España. Ediciones de la Piqueta.

_____ (1985). **«El sexo como moral» en Saber y Verdad**, Madrid, España. Ediciones de la Piqueta.

Habermas, J. (2003). **La ética del discurso y la cuestión de la verdad**, Barcelona, España. Editorial Paidós.

_____ (2000). *Aclaraciones a la ética del discurso*, Madrid, España. Editorial Trotta.

_____ (1990). *Pensamientos Postmetafísicos*, Madrid, España. Editorial Taurus.

Hobsbawn, E. (2002). *Sobre la Historia*, Madrid, España. Editorial Crítica.

Horkeimer, M y Adorno, T. (1994). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid, España. Editorial Trotta.

Nietzsche, F. (1996), **«El caminante y su sombra» en Humano demasiado Humano. Fragmentos Póstumos. Primavera 1878 hasta noviembre 1879**, Volumen II, Madrid, España. Akal Ediciones.

Weber, M. (1983), **El político y el científico**, Madrid, España. Alianza Editorial.